

Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida.- FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, Arzobispo de Quito

Publicación bimestral		Distribución gratuita
Año VI	Setiembre y Octubre de 1942 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 9 y 10

Los sucesos de setiembre de 1842

La carta de don Francisco de Paula Gutiérrez (1)

Envío de Don Ricardo Fernández Guardia

Cartago, Octubre 4 de 1842.

.....

Sobre cosas públicas te considero ansioso de saber, porque cosas grandes no dudarás te comunicaré; pero para informarte minuciosamente, lo haré comenzando mi revista desde sus principios, y si por minuciosa la relación o que carezca de ortografía, de flores retóricas y arreglo te incomodase su lectura, ten paciencia, que en recompensa de la difusión y defectos, te ofrezco exactitud y verdad en la narración. Se apareció Morazán con veinte y dos personas entre Jefes y Oficiales en Tárcoles (punto de esta costa) y como no le pareció prudente internarse, se dirigió al Estado del Salvador (2), y habiéndose introducido en San Miguel y ofreciendo un buen armamento a aquel vecindario (según un soldado suyo), se reunieron cerca de 300 hombres que llevó a bordo, para entregarles las armas ofrecidas; y luego que los tuvo en el buque les intimó pena de la vida si alguno decía que venían forzados. Varios oficiales que vinieron ignoraban a dónde eran conducidos. Tenía relaciones secretas con pocos vecinos de este Estado, a quienes había comunicado su venida. El 7 de abril llegó a Caldera, de donde dirigió al interior muchísimos ejemplares de una proclama ofreciendo garantías, &, con cuyo ardid empezó a preparar las masas a su favor, y como poco necesitaban por la odiosidad que se atrajo Carrillo, por varias disposiciones tiránicas y muchos motivos que dió para ser aborrecido, pudo entrar. De aquel puerto se dirigió con la violencia posible, cuando ya el Estado tenía sobre las

(1) Francisco Montero Barrantes, **Elementos de Historia de Costa Rica**, t. I, pág. 257 y siguientes. Esta carta fué dirigida a una persona residente en Honduras.

(2) Morazán no desembarcó en Tárcoles. N. de R. F. G.

armas poco más de dos mil hombres. Villaseñor (que Dios tenga en verdadero descanso), era el que mandaba el ejército que salió a encontrarse con Morazán, trayendo éste como 380 hombres por todos (3) y aquél como 700. Se esparció en el Estado la voz de que traía como 2.000 hombres, y las intrigas de algunos y algún temor de la tropa y oficiales nuestros, fué la causa de que en las inmediaciones de Alajuela (ciudad casi pronunciada contra Carrillo en aquellos momentos) celebraran ambas fuerzas los tratados del Jocote, en que se ofrecían garantías para todo el ejército y el Estado, debiendo salir Carrillo dejando en su lugar a Morazán. El resto del ejército se exaltó mucho con la nueva del pronunciamiento; y aunque no (se) acobardó, ya algunos vecinos empezaron a influir en favor de Morazán para entrar en tratados, sabiendo Carrillo que ya no se le quería, a pesar del aborrecimiento a toda fuerza de fuera. El 13 de abril entró a San José y fué desarmado todo el ejército del Estado, que se retiró a sus trabajos acostumbrados. Dió su paseo triunfal por todas las ciudades del Estado, siendo recibido entre arcos triunfales, aclamaciones y salvas de artillería (4). En poco tiempo reunió una Asamblea de tímidos diputados, quienes decretaron en cierta manera la reconquista de la República, facultándole para sacar de Costa Rica los hombres y los demás recursos necesarios. Empezaron las contribuciones forzosas con nombre de contrato o empréstito, y en fin se titularon forzosas, que con las reclutas que empezaron, tomando propietarios (por serlo casi todos los habitantes del Estado) y padres de familia, debiendo muchos soldados y oficiales contribuir con personas y bolsas, se fué exasperando tanto el pueblo que hubieron por Mayo y Junio dos tentativas para arrancarle el poder que el pueblo le confiara para hacerlos felices (5). Llegó a persuadirse que era absolutamente imposible pudiera moverse con resultado feliz el pueblo y siguió dando providencias terribles.

En el departamento de Guanacaste, fronterizo de Nicaragua, se colocó al General Enrique Rivas de Comandante General, a José María Prado (chapín), de Jefe Político y Manuel Angel Molina, Comandante local de Guanacaste. (Digresión). Molina se enamoró de la señorita Josefa Elizondo, que le correspondía, y habiendo corrido las diligencias necesarias, Molina trató de efectuar su matrimonio; mas la señorita (a quien hicieron algunas personas que la apreciaban desistir de su enlace) contestó que sus bienes satisfarían todos los gastos y que ya no pensaba casarse. El padre de Chepita se dirigió con negocios propios a esta ciudad y dejó en su hacienda de ganado (como 7 leguas del Guanacaste) a la señorita, la hermana y un hermano como de diez y seis años, en poder del mandador, que era hombre honrado y valiente. Molina, en ausencia de don Antonio Elizondo, se dirigió con 6 o 7 hombres a la hacienda a robarse a la señorita; pero al momento

(3) Eran en realidad 500. **N. de R. F. G.**

(4) En los documentos de nuestros Archivos Nacionales tan sólo consta la visita de Morazán a la ciudad de Cartago, de la que el señor Gutiérrez era vecino. **N. de R. F. G.**

(5) Se refiere a la revolución de Mercedes Jiménez y a la conspiración llamada de Guadalupe Lagos, promovida por algunos jefes y oficiales de Morazán. **N. de R. F. G.**

que entró, a pesar de estar todos enmascarados, conoció la voz de Molina y dió gritos a que acudieron el mandador, el hermano y un jornalero, quienes a cinchazos y bofetadas los hicieron correr. Luego que amaneció, porque aun era de madrugada, se dirigieron al Guanacaste y en unión del Juez de 1ª instancia, señor Isidro Reyes, se escondieron. Molina tenía algunos resentimientos por frioleras con el General Rivas, y habiéndose dirigido de la hacienda para la villa de Bagaces, reunió 10 soldados mal armados de fusiles y regresó al Guanacaste, advirtiéndose que ya Rivas levantaba un proceso contra Molina y cómplices, de lo que éste estaba impuesto por Guerrero, un zángano que había nombrado su segundo. A la madrugada del siguiente día llegaron al Guanacaste y reconvenidos por el *¿quién vive?*, contestó Molina: *Nicaragua*. Rivas y el ayudante Guillén (Eduvigis), que estaban a la cabeza de veinte soldados guanacasteños, que ya estaban ganados por Molina, salieron con sus espadas a encontrarse con Molina, y reconviniéndolo Rivas por este desorden, le contestó Molina con un tiro de sable, que quitándose Rivas presentó su espada y se la envainó en la caña del brazo derecho cerca de la muñeca, entre ambos huesos, a Molina que estaba a caballo; sintiéndose herido manda a sus soldados hacer fuego, y descargándole como diez y seis tiros le pegaron seis y ya caído le hirieron gravemente con las bayonetas también, suponiéndolo ya muerto y dirigiendo un golpe de fusil al Ayudante Guillén; y habiéndolo derribado, le dieron una estocada en la ingle. Ambos heridos al momento fueron a sus casas, y después de confesados y oleados murieron. Prado da parte a Morazán, diciendo que Molina estaba en el caso de sostenerse en el Departamento si no se toleraba el asesinato. Molina, para esperar a Morazán, da órdenes para reunir toda la fuerza posible y se hace proclamar Comandante General; y habiendo llamado al alférez Manuel Gómez, aunque de origen zapatero josefino, que era Comandante de Bagaces y es honrado y valiente y muy instruído en la carrera, quien al momento de la llegada al Guanacaste formó el plan de amarrar a Molina en unión de otros oficiales, lo que consiguió a tiempo de que la mayor parte de la fuerza de Morazán caminaba; y habiendo Gómez dado parte se le dieron dos grados y quedó de Comandante de las fronteras. Molina, que era conducido para el interior, fué fusilado en Puntarenas y Guerrero en Guanacaste (6).

Morazán trató de aprovechar esta circunstancia y mandó la división que marchaba al dicho puerto. Apuró la recluta y contribución mensual hasta llegar a 20.000 pesos, todo lo que consternó al Estado entero, y se desesperó tanto el pueblo que decían privadamente a sus amigos superiores que no salían a pelear contra enemigos que no los habían ofendido, y que por la patria sí morían gustosos, como sucedió, pronunciándose San José, Heredia y Alajuela; y aunque su primer intento fué triunfar a la bayoneta, animados de la fuerza física de cada uno, por su corpulencia y muchedumbre, Dios quiso que Morazán mandase 130 quintales en 13 carretadas de pólvora y plomo, sobrados elementos para una guerra aún

(6) No se deben extrañar los errores contenidos en esta relación de los sucesos a que se refiere, ocurridos en el Guanacaste en agosto de 1842. En aquel tiempo el público ignoró la verdad del asunto, la que no se ha llegado a saber de modo positivo hasta hace unos pocos años. N. de R. F. G.

más dilatada, lo que se dirigía para el puerto; pero en Alajuela, que es tránsito, recibieron estos elementos entre aclamaciones.

El domingo, 11 de setiembre, resuenan por todas partes los vivas a la santa libertad, nuestro padre San José. Nuestra Señora de los Angeles y vivan los pueblos unidos, que daban los soldados y reclutas con que Morazán contaba para empezar la reconquista de Centro América. Se presentan los primeros, que eran de San José, en las inmediaciones de su plaza; y aunque éstos tenían muy poco parque, porque se trabaja en Alajuela, que dista seis leguas de San José (7), y ya tenían ofrecido por un enviado que ese día a las tres de la tarde estarían en número de 800 hombres en San José, inclusive más de 150 Cartagos que ya iban a la expedición quijotesca. Morazán, que ya tenía parte anticipado, había reunido 30 ó 40 caballos en que montaron sus oficiales; pero presumía que el pronunciamiento no era general y sí de 4 josefinos. Rompió el fuego dicho día a las 8 de la mañana, salieron partidas y luego que se encontraron con el pueblo se replegaban a la plaza después de algunos tiros que mataban o herían oficiales y soldados por la inmediación en que se hallaban. En ese día murió Lazo (8), Gómez (9) (de Morazán y otros dos oficiales, a más de varios soldados, resultando heridos A. Ruiz 10), hijo de Morazán, Bulnes (11) y otros. Llegaron los de Alajuela y Heredia y ya el fuego fué vivo por ambos partidos. En los días domingo, lunes y martes conservó Morazán la plaza y asimismo 3 ó 4 manzanas que perdía en las noches (12), porque concentraba su fuerza al Principal, que estaba en la manzana izquierda de la plaza (13), cuya posesión defendió siempre con intrepidez y no perdió hasta su retirada. Su fuerza constaba como de 40 oficiales y 80 soldados Migueleños y Texiguas y 150 Costarricas, seducidos de mil maneras (14). La fuerza de los pueblos no será fácil atinar, pero podré deducir con seguridad que entre armados de palos, machetes, fusiles y piedras, incluso mujeres, pasaba el número de 5.000. Los oficiales muy pocos y casi no eran necesarios, sirviendo poco, aunque se distinguieron algunos (15). Todos los de la plaza han peleado admirablemente. Se intentaron

(7) No son 6 sino 4. **N. de F. M. B.**

(8) El coronel Manuel Antonio Lazo, edecán de Villaseñor. **N. de R. F. G.**

(9) El teniente Francisco Gómez. **N. de R. F. G.**

(10) José Antonio Ruiz. **N. de R. F. G.**

(11) Felipe Bulnes, el cual vivía en Costa Rica desde abril de 1840 en que llegó en la goleta **Izalco**. **N. de R. F. G.**

(12) Inexacto. Desde el lunes 12 de septiembre por la tarde en que perdió Los Almacenes, Morazán quedó reducido a la manzana del Cuartel Principal. **N. de R. F. G.**

(13) La manzana situada al norte de la Plaza de Armas, hoy Parque Central. **N. de R. F. G.**

(14) Se ha probado con documentos oficiales que Morazán disponía en San José de 600 hombres, 200 forasteros y 400 cartagineses, sin contar los 200 soldados josefinos acuartelados en el Cabildo, que se pasaron a los rebeldes en la mañana del 11. Cuando abandonó la plaza llevaba 300 hombres, o sean 30 más que el total de 270 fijado por el señor Gutiérrez. **N. de R. F. G.**

(15) Esta aseveración es inexacta. Consta que a la casa de don Antonio Pinto concurrieron todos los oficiales josefinos, alajuelenses y heredianos que debían marchar a Puntarenas, y la tropa de don Florentino Alfaro llegó a San José con su oficialidad completa. **N. de R. F. G.**

pocos tratados verbales y escritos, pero no hubo avenimiento, por la obstinación de ambas partes. Los pueblos ofrecieron garantías en el primer tratado, pero que saliesen todos, y Morazán contestó que perdonaría como General a los 4 josefinos pronunciados y que no saldría del Estado, creyéndolos solos (16); y como él dirigió 3 órdenes a Saget, que estaba en Puntarenas con 40 ó 50 oficiales y como 200 hombres, pensó dispersarlos, cuyas órdenes, en el círculo estrecho del sitio que le formaron, fueron interceptadas. Creía, pues, que Saget, los Alajueleños y aun los Cartagos lo auxiliaban. Los últimos, efectivamente, en número de 60 (17) y mandados por Rascón (18), el Comandante de esta plaza (19), Blau (20), Landa (21) y otros oficiales de esta ciudad; pero los Alajuelas que vinieron a encontrarlos, les dieron una carga que les hicieron 22 heridos y 3 o 4 muertos y llegaron completamente derrotados aquí. El lunes (22), viendo este descalabro los que fueron de esta ciudad y según las noticias que venían, fué preciso que el Comandante Mayorga invitase al vecindario para pronunciarse en favor de los pueblos; y habiéndose reunido unos pocos vecinos, porque estábamos algunos ausentes en nuestros trabajos y otros huyendo, se pronunciaron el martes (23). En este día se apuró el fuego contra la plaza; y, habiéndose escaseado el parque de Morazán, suspendió el suyo y los pueblos tomaron la casa de D. Alejandro Escalante en que estaba la familia de Morazán, que se trató con toda consideración; y a la madrugada se retiró (Morazán) rompiendo la línea para esta ciudad (Cartago), la que estando también pronunciada le recibió tan mal que se le prendió, como asimismo al Ministro General Saravia, Villaseñor, Vigil menor, P. (24) y otros muchos oficiales y soldados, de suerte que a la fecha están todos prisioneros y son los siguientes: Cabañas, P., Rascón, a quien ya se le dió pasaporte para Méjico por Matina, Orellana, Máximo Cordero, Gonzalitos, dos Pintos, Chico Morazán, García del Río, Manuel Zepeda, Angulo (N), Padre Dr. Isidro Menéndez, Espinosa, oficial y no el Licdo. (25), Cojo Barrios (26), Vigil, Lozano (Cruz), Esteban Travieso y otros hasta el número de 30 oficiales prisioneros, inclusive el número

(16) Esto parece referirse a las negociaciones que hubo por medio del presbítero don José Antonio Castro, capellán del ejército. **N. de R. F. G.**

(17) Es muy probable que a esta cifra le falte un cero; porque don José Antonio Vigil, compañero de Morazán, refiere en sus **Memorias** que la fuerza cartaginesa se componía de 800 hombres. El señor Gutiérrez no la vió, por estar a la sazón ausente de Cartago, como lo dice en su carta. **N. de R. F. G.**

(18) El general Francisco I. Rascón, quien ya no estaba en servicio activo. **N. de R. F. G.**

(19) El teniente coronel Pedro Mayorga, comandante local de Cartago y jefe de la fuerza que acudió a socorrer a Morazán. **N. de R. F. G.**

(20) Blau por error. Se refiere al teniente coronel Ciriaco Bran. **N. de R. F. G.**

(21) El teniente Calixto Landa. **N. de R. F. G.**

(22) Error, debiera decir el martes, siendo así que la derrota de los cartagineses ocurrió el 13 de septiembre. **N. de R. F. G.**

(23) El martes 13 de septiembre por la noche. **N. de R. F. G.**

(24) El subteniente José Antonio Vigil, que acompañó a Morazán a Cartago, autor de unas **Memorias** muy interesantes. **N. de R. F. G.**

(25) Se refiere al capitán Félix Espinosa. **N. de R. F. G.**

(26) El teniente coronel Gerardo Barrios. **N. de R. F. G.**

de heridos, que don Antonio Ruiz, Nacho Zepeda, muy ligeramente, Bulnes, Joaquín Blau (27), Landa el lavandero y dos mulatos, Espinar (28) y dos o tres más; excluyendo el número de muertos que son: Morazán, fusilado a la par de Villaseñor, el General Miguel Saravia, de un ataque tan fuerte de nervios al tiempo de su prisión, que duró un minuto a lo más (29), Lazo, Chico Gómez, Melara (30) y otros hasta un número de 12 por todos.

Después de la prisión de Morazán y de los compañeros aquí, llegaron en número como de 550 hombres entre josefinos y alajuelas que se los llevaron el 15 (célebre aniversario), y a las inmediaciones de San José ya acompañaban a los prisioneros como 3.000 hombres de las cuatro principales ciudades; y a su llegada a San José había en la plaza y calles como 5 ó 6.000 hombres; pero tan en silencio el pueblo que no se le dirigió un solo insulto, ni grito ni cosa que lo pareciera.

Bien custodiado a la llegada, después de hacerle muy pocos pero terribles cargos: ¿por qué engañó al pueblo del Estado no cumpliendo las promesas de sus proclamas y lo trató con tanto rigor? ¿Por qué ofreció al Estado de Nicaragua éste como departamento, asegurándoles que aquí no había quien pudiese dirigir la cosa pública? y otros cargos menores, a que poco contestó con que eran ardidés de guerra. Se confesó muy bien con el Vicario general del Estado (31) y escribió su hijo Chico su testamento cerrado. Villaseñor se confesó y reconcilió, y llevándolos a la plaza, Morazán por sus pies, como de paseo, Villaseñor en una silla, por estar grave de una puñalada que se había dado la víspera en el costado izquierdo, y un poco aletargado por unos vasos de láudano y éter que tomó dos o tres horas antes de que lo tiraran. A su llegada a la plaza pidió (Morazán) el mando de los fuegos, sin sentarse en el banquito, abriéndose la camisa y diciéndoles a los tiradores: "Apuntad bien, hijos". Se despidió de los oficiales y sacerdotes que estaban inmediatos; volviendo a Villaseñor: "Adiós, amigo, hasta la muerte". Cuando observó que un soldado no apuntaba, le reconvino y (éste) le contestó que era de reserva, a lo que reprodujo: "Ahora, bien, ¡fuego!" A su caída dijo: "Mátenme, mátenme"; efectivamente, el de reserva lo despenó. Fueron colocados juntos, diciendo algunos soldados: "Eso es, que vayan juntos conversando sus mismas picardías y planes"; y otro: "Cobijenlos con la misma cobija, que siempre ellos lo hicieron así". Tres o cuatro días después de enterrados fueron algunos del pueblo a exhumar los cadáveres, dudando que Morazán efectivamente hubiera muerto, y por la corrupción en que lo encontraron se acabaron sus dudas. De suerte que en la sentencia no hubo más que el pueblo era juez, cuerpo del delito, acusador, testigo y ejecutor. Así es que como el pueblo no tenía otro objeto en la guerra, se

(27) Léase Ciriaco Bran. **N. de R. F. G.**

(28) El capitán José María Espinar, ayudante y secretario del general Villaseñor. **N. de R. F. G.**

(29) Saravia se suicidó con una fuerte dosis de estricnina, como se ha demostrado. **N. de R. F. G.**

(30) El capitán Teodoro Melara. **N. de R. F. G.**

(31) El presbítero don José Gabriel del Campo. La confesión se efectuó en Cartago, donde residía el vicario, por la mañana del 15 de septiembre. Así lo confirma Vigil en sus **Memorias. N. de R. F. G.**

retiraron casi todos a sus casas, como si tales cosas hubieran sucedido (32), sin intentar nada con los prisioneros, que en pocos días comienzan varios a andar por la calles con entera libertad mientras desaparece Saget, para remitirlos a todos para Chiriquí. En toda la campaña dispararían de la plaza como 14 ó 16.000 tiros y de los pueblos como 200.000. Cien de cañón de la plaza y 2 ó 3.000 de fuera. Sobre los muertos, en general, excederán de 100 y los heridos de 200; pero con certeza, luego que se averigüe por el Gobierno, te lo comunicaré (33).

.....
También con Francisco María Oreamuno, mi hermano político (34), que es Ministro nombrado con aprobación general del Estado, nos interesamos en que, según la escasez del erario lo permita, se les ponga pensión a las viudas y huérfanos de los mismos finados.

La caída de Morazán

Por Don Ricardo Fernández Guardia

Desde los últimos días de agosto de 1842 reinaba en la ciudad de San José mucha zozobra. Las gentes presentían que algo grave iba a ocurrir; pero muy pocas eran las que estaban en el secreto de lo que esto pudiera ser. A pesar de tantas calamidades como afligían al país, el pueblo josefino no estaba desalentado, persistiendo en su actitud hostil contra Morazán, cuya furia por los sangrientos sucesos de Guanacaste era objeto de muchos comentarios, especialmente por haber vuelto las espaldas en silencio al venerable Dr. don Pedro Molina, su devoto partidario y fiel amigo, cuando este prócer de la Independencia se echó a sus pies bañado en lágrimas, para suplicarle que no quitase la vida a su hijo Manuel Angel, injustamente acusado de fraidor.

La clase acomodada de San José, herida en sus intereses pecuniarios por las exacciones, había salido al fin de su oposición pasiva, haciendo sigilosamente causa común con el pueblo. En su seno se fraguó esa conspiración de la que nada se sabe hoy, fuera de que el teniente coronel don Florentino Alfaro, comandante de la plaza de Alajuela, entró en el plan, seguramente

(32) ¿No hubieran sucedido? N. de R. F. G.

(33) Se puede afirmar que este cálculo es muy inferior a la realidad, salvo que se refiera únicamente a las pérdidas de Morazán. Las de los rebeldes fueron bastante mayores. N. de R. F. G.

(34) Esta referencia al parentesco con el señor Oreamuno, es lo que ha permitido identificar a don Francisco de Paula Gutiérrez con el autor de la carta, que fué publicada en diciembre de 1842 por el *Redactor Oficial de Honduras*, omitiendo la firma. N. de R. F. G.